

El Papa regresa a Nicaragua con el mismo mensaje

Desde que se anunció el nuevo viaje de Juan Pablo II a Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Venezuela, la atención comenzó a centrarse en Nicaragua. Precisamente, porque la primera visita del Papa a este país, en marzo de 1983, dejó una huella de la que ni el país ni el Sumo Pontífice se olvidaron. En ese entonces, Nicaragua estaba gobernada por los sandinistas y se enfrentaba a una guerra promovida por Estados Unidos. En este contexto, las madres de los caídos en combate pidieron a Juan Pablo II una oración por sus hijos, algo a lo que no accedió el Papa. Entonces, la homilía fue interrumpida en varias ocasiones con el grito "Queremos la paz". El Papa pidió silencio, pero las consignas no pararon. Así, el Papa se marchó muy molesto de este país, incluso pretendía abandonarlo sin esperar la despedida oficial que le correspondía como jefe de Estado.

Trece años después de aquella primera visita, los sandinistas ya no están en el poder, tampoco existe guerra abierta. Sin embargo, la mayoría de los nicaragüenses viven en la pobreza, resultado de una serie de medidas de ajuste estructural, impulsadas por el gobierno de Chamorro. Además, Nicaragua sigue siendo víctima de la violencia proveniente de grupos armados que operan en la zona norte del país. Ni siquiera la Iglesia ha podido librarse de esa ola de violencia. Desde hace varios meses, los templos católicos son blanco de ataques con bombas. Aunque la mayoría de ellos sólo causa daños materiales, se desconoce su origen y su propósito. No obstante que la policía aseguró haber desarticulado la banda responsable de

estos ataques, la noche antes de la llegada del Papa, una nueva bomba explotó en un templo de Masaya, a pocos kilómetros de la capital.

En este contexto de pobreza generalizada, violencia incontrolable y polarización extrema ante la proximidad de las elecciones presidenciales, la segunda visita de Juan Pablo II fue considerada por muchos como una oportunidad para impulsar la reconciliación nacional. Pero otros, en cambio, opinaban que la presencia del Papa complicaría aún más la conflictiva situación nicaragüense.

De cualquier manera, a medida que se acercaba el día, el 7 de febrero, los preparativos y el ambiente para recibir al Papa comenzaban a aumentar. Al igual que en la mayoría de países donde llega el Papa, se comenzaron a vender gran cantidad de objetos con el rostro del Papa: gorras, camisetas, llaveros, afiches, toallas, etc. La publicidad comercial aprovechó la ocasión para vincular la figura del Papa con sus productos. Así, por ejemplo, en la prensa se leía el siguiente anuncio: "¿Qué fue lo que dijo el Papa? Para evitar inconvenientes, le vendemos audífonos con radio incorporado por sólo 80 córdobas para que lleve a la misa".

Y tampoco faltaron otro tipo de incidentes. Los titulares de la prensa del 5 de febrero destacaron en primera plana que una efigie del Papa, colocada frente al aeropuerto internacional, había amanecido manchada. La imagen del Papa amaneció con bigote y con una leyenda obscena en inglés. El pintor anónimo llevó a cabo su obra prácticamente en las mismas narices de la policía y de otros

cuerpos de seguridad e inteligencia, quienes establecieron su puesto de mando en las instalaciones de la terminal aérea.

La prensa se concentró en la visita papal. Publicitaron todos los detalles de los preparativos y las diversas expectativas de los sectores políticos y de la población en general. El caso extremo de oportunismo lo protagonizó Daniel Ortega, quien aprovechando la ocasión compró espacio en la prensa y la televisión para publicar una carta abierta al Papa, fechada el 16 de enero. Entre otras cosas, la carta reconocía las incomodidades que experimentó el Papa en su primera visita, “todos lamentamos los sinsabores que la misma dejó, cuando la guerra impuesta y el bloqueo paralizaban y desangraban a la nación entera”. Luego, Ortega advirtió al Papa que encontraría “en el pueblo la huella profunda del deterioro moral y material que el capitalismo salvaje, como Usted bien lo ha definido, ha provocado en nuestra sociedad”.

Un artículo de opinión, publicado en la prensa local, cuestionó el gasto excesivo en preparativos. El articulista subrayaba el descontento, no por razones religiosas, sino por ser una visita muy cara, con derroche de tiempo, energías y recursos. La pobreza de las mayorías nicaragüenses y la austeridad que debiera impulsar el gobierno eran contrarias a los gastos en los preparativos. Además, se señalaba que la herida de la visita anterior no había sido sanada aún y la profunda desconfianza que despierta la actuación política de la Iglesia en las dos últimas décadas. “Fuera bonito que el obispo de Roma llegara a Nicaragua en un vuelo normal de cualquier línea aérea que hace escala en el país. Que apareciera en la escalinata del avión vestido como todo el mundo, con un humilde y sensible distintivo de su ministerio episcopal”, agregó el articulista.

Y propuso que una verdadera visita debiera durar unos quince o veinte días y no únicamente unas pocas horas para ver una multitud. Más tiempo permitiría observar la realidad. Por ejemplo, si el Papa hubiese ido a León por carretera, hubiera observado cómo los niños, las mujeres y los hombres salen a tapar los hoyos y luego extienden la mano para pedir una limosna. Otra posibilidad era recorrer las calles de la capital para conversar con los niños y las niñas de la calle. Y si saliera después de las siete de la noche, podría comprobar la alarmante cantidad de jovencitas dedicadas a la prostitución para poder vivir. “Así, mucha gente podría compartir las tristezas, las alegrías y las esperanzas con el Papa Juan Pablo

II, sin tener que madrugar tanto y pasar la noche en vela para llegar a Managua”.

La vigilia comenzó la noche del martes 6, en la plaza Carlos Fonseca —que a partir del 7 de febrero y por decreto presidencial se llama plaza “Juan Pablo II”. Cientos de católicos se dieron cita en la plaza en la que hace sólo unos años se celebraba el aniversario de la revolución sandinista para esperar la eucaristía presidida por el Papa.

A su arribo a Managua, Juan Pablo II fue recibido de acuerdo a lo establecido por el protocolo de los jefes de Estado. La presidenta Chamorro aclaró en su saludo oficial que en la primera visita no habían podido mostrar todo el cariño que profesan al sucesor de Pedro. Sin embargo, los tiempos habían cambiado. La paz y la libertad actuales, permitían manifestar ese cariño sin ninguna restricción.

El Papa, por su parte, señaló que volvía a Nicaragua después de trece años, un tiempo en el cual se habían escrito muchas páginas importantes en la historia del país. Pese a todo esto, el mensaje era el mismo: “es un mensaje de paz y reconciliación, de invitación a la solidaridad y la fraternidad, que os ayude a ser auténticos protagonistas de la civilización del amor” (ver documentación especial en esta edición). Al abandonar la terminal aérea, el Papa se encontró con los alumnos y las alumnas de los colegios católicos más caros del país.

Las calles de Managua estaban preparadas para recibir al Papa. Amanecieron engalanadas con banderas azul y blanco y blanco y amarillo. El Papa hizo el trayecto del aeropuerto a la plaza Carlos Fonseca en el vehículo prestado por el gobierno chileno. A lo largo de la carretera, la gente quería tres cosas: paz, reconciliación y trabajo. De alguna manera, la gente esperaba que el Papa ayudara a distensionar la vida política nacional, polarizada en extremo por la clase política. Por lo tanto, la reconciliación entre los diferentes sectores sociales y políticos es necesaria. De esta manera, podría haber más inversión y empleo.

La eucaristía —a la cual asistieron entre 300 y 400 mil personas, un número inferior al esperado por los organizadores, quienes calcularon más de medio millón— se inició bajo un sol abrasador con un saludo del arzobispo de Managua, quien calificó la visita como un acontecimiento “de extraordinaria importancia histórica, que quedaría marcado con piedra blanca en los anales de esta ciudad capital... Nicaragua está de fiesta por un

auténtico pastor, un Papa misionero se encuentra con un pueblo creyente". El cardenal Obando subrayó que el amor al vicario de Cristo ha sido siempre una constante de "nuestro catolicismo", en clara alusión a la época sandinista y a los acontecimientos desagradables ocurridos en la primera visita de Juan Pablo II.

Las lecturas de la eucaristía se enfocaron hacia el tema de la familia. En la primera, se leyó un pasaje del Eclesiástico, en el cual se dan consejos sobre la forma en que los hijos deben tratar a sus padres. La segunda fue tomada de la carta de san Pablo a los colosenses. Un pasaje que resume uno de los códigos familiares de la primera tradición cristiana. El evangelio, tomado de Juan, relata el primer milagro de Jesús en las bodas de Caná. Obviamente, la homilía se centró en la familia, aunque en un par de ocasiones, el Papa se refirió a la realidad nicaragüense y centroamericana.

Juan Pablo II no desaprovechó la ocasión para referirse directamente a la visita anterior. Retomando la invitación a las bodas de Caná, dijo que él también había sido invitado a Nicaragua, pero "esta visita se desarrolla en circunstancias muy distintas de la anterior. Quienes recuerdan la de hace trece años, saben que el Papa vino a Nicaragua y celebró la Santa Misa, aunque no pudo encontrarse realmente con la gente. Por eso, tanto vuestra nación como el Papa mismo deseaban vivamente tener la ocasión de una nueva visita pastoral, que fuera un verdadero encuentro". En realidad, en aquella ocasión hubo más gente en la eucaristía y en las calles que en ésta.

El recuerdo imborrable continuó: "De mi visita anterior recuerdo un slogan muy repetido '¡Queremos la paz!'. Gracias a la Divina Providencia, la paz ha vuelto a vuestro país y a toda América Central. Esto me ha movido a visitar de nuevo al menos algunos países de esta parte del continente americano y en particular Nicaragua. La paz ha vuelto. Al mismo tiempo, han tenido lugar profundas transformaciones en América Central, como en todo el mundo. Los habitantes de Nicaragua pueden gozar ahora de una auténtica libertad religiosa". Algunos aplausos saludaron este recuerdo dolido de aquella primera visita, tan actual después de más de una década.



El Papa concluyó su homilía señalando que la situación de la familia nicaragüense se puede extender a todo el país: "que no sólo la familia, sino toda la familia de Nicaragua halle en la liturgia de hoy luz para un comportamiento adecuado a la etapa de su historia". Ni una palabra sobre los pobres y los desempleados. Silencio sobre la necesidad de hacer realidad la justicia social donde priva tanta injusticia. Las condiciones son distintas, pero la injusticia social es mayor ahora que hace trece años.

Al finalizar la eucaristía, antes de impartir la bendición final, el Papa agregó, aparentemente abandonando el texto oficial, "hace trece años, parecía que tú, Nicaragua; tú, América Central, era solamente un campo, un polígono de las superpotencias. Hoy se ve que tú eres un sujeto de su propia soberanía humana, cristiana, nicaragüense. Recuerdo la celebración de hace trece años. Se hacía bulla, era una gran noche oscura. Hoy se ha hecho la misma celebración eucarística en el sol. Se ve que la Providencia Divina está actuando sus designios en la historia de las naciones". Por último, el Papa anunció que el templo de El Viejo (Chinandega), donde se encuentra la imagen de la Inmaculada Concepción, patrona del país, sería basílica a partir de ese momento.

Terminada la misa campal, Juan Pablo II se dirigió a la nunciatura, ubicada en la carretera sur. Allí almorzó con los obispos del país. Luego de un breve descanso, el Papa se trasladó a la casa de gobierno, donde conversó en privado con la presidenta Chamorro. Después saludó a funcionarios del gobierno, familiares y amigos de la presidenta.

Con algunos minutos de retraso, Juan Pablo II

hizo su ingreso a la nueva catedral de Managua, acompañado por el cardenal Obando. El Papa avanzaba despacio, estrechando las manos de quienes lo grababan alcanzarlo. Luego, se dirigió hacia el santuario de la "Sangre de Cristo", ubicado en un extremo de la catedral, donde oró por unos minutos. En seguida, el cardenal dirigió un nuevo saludo a Juan Pablo II, explicándole que la nueva catedral está dedicada a la Inmaculada Concepción de María.

El Papa, visiblemente cansado, se dirigió brevemente a los presentes: religiosos, religiosos, sacerdotes y algunos laicos. En su alocución, insistió en la fidelidad a la Iglesia y en su unidad. Una fidelidad que debe mostrarse día a día en la vocación de todo religioso. Refiriéndose a la nueva catedral, el Papa dijo: "esta nueva catedral es también símbolo de la nueva ciudad surgida entre las ruinas del terremoto de 1972. Su estilo arquitectónico manifiesta, con el lenguaje plástico de un nuevo tiempo, la sólida fe católica del pueblo nicaraguense".

A continuación, Juan Pablo II se trasladó rápidamente hacia el aeropuerto. Antes de partir, el Papa dijo que esperaba que su visita no quedara tan sólo como un "buen recuerdo", sino que fomentara la esperanza del pueblo: "un país que ha logrado superar formas totalitarias, pero donde se evidencian las plagas de la pobreza y la ignorancia, cuyas máximas manifestaciones están en el desempleo y las necesidades que pasan muchos hogares". Al fin, el Papa reconocía la existencia de graves problemas sociales. Entonces, recordó la responsabilidad de los gobernantes y de la comunidad internacional, en concreto pidió a ésta apoyar económicamente al país. Con esta interpelación, el Papa abandonó Nicaragua, sin duda, satisfecho, puesto que pudo reivindicar las ofensas públicas protagonizadas por los sandinitas hace trece años.

José Luis Benítez

